

SEMANA SANTA EN LA  
PROVINCIA MEXICANA

---

CARL SARTORIUS



Para la celebración de la Semana Santa, todos los que se encuentran fuera trabajando, tratan de regresar a su terruño y en lo posible con los bolsillos llenos. Hasta el más perezoso se torna diferente cuando se aproxima esta festividad, pues se considera g mala suerte no poder gastar algunos pesos en la fiesta. Las distintas aldeas compiten en los preparativos para superar al vecino en Drillo y magnificencia. Por fin llega el Domingo de Ramos y con él la sucesión de las solemnes procesiones. Una de ellas representa gráficamente la entrada de Cristo en Jerusalén. Una imagen de madera de Cristo sentado sobre un borriquito es paseada por la aldea hasta la iglesia en cuyo portal se le cantan hosannas y se esparcen palmas y flores. Los indios han bautizado a la imagen San Ramos y le rinden gran veneración, quizá por el burrito, su animal predilecto. Todos

tratan de llevar a su casa una ramita de las palmas benditas, pues tienen poderes milagrosos. La cruz que obtienen entrelazando las hojas de palmera es clavada en la puerta de la casa para ahuyentar todo mal, en particular el rayo. Ha comenzado la Semana Santa y los confesionarios se llenan de la mañana a la noche. Todos buscan cumplir con el precepto de la Iglesia, pero pocos están dispuestos a renunciar a la frivolidad. Para predisponer los ánimos suena todo el día en la aldea una música lúgubre. Una zampona acompaña con sonidos prolongados los sordos toques de un pequeño tambor indio. A ésta, la más simple de las músicas fúnebres (la zampona sólo emite tres sonidos), siguen los tonos solemnes de la chirimía, un instrumento que sume al corazón en conmovedor recogimiento, según me comentó un anciano sacerdote. La chirimía es un tubo hueco de ocho a diez pies de longitud, provisto en su extremo más fino de una gran boquilla de madera, como la de una trompeta. Ya ensanchándose gradualmente hacia su otro extremo hasta alcanzar el diámetro de un brazo y se abre a la manera de una dulzaina. Lo curioso de la chirimía es que a diferencia de todos los demás instrumentos de viento, suena al aspirarse el aire, sin orificios ni válvulas. La

modulación se logra a través de una mayor o menor presión de los labios y constituye así una especie de ventriloquia musical que hace vibrar las fibras más íntimas. El virtuoso que toca este original instrumento debe poseer grandes pulmones y en razón de la longitud del aparato de aspiración, ser alto y robusto. Si camina no logra tener suficiente aliento, por tal motivo permanece inmóvil en un lugar, se inclina hacia atrás para mantener el tubo sonoro en posición horizontal y emite un prolongado tono quejumbroso, muy apropiado para despertar a los que duermen en sus sepulcros. Las tiernas modulaciones, particularmente los gorjeos que produce, son en extremo emocionantes y preparan el ánimo para la celebración sumiéndolo en un estado melancólico, casi lastimero. Con este instrumento no es posible ejecutar una melodía, lo cual tampoco es necesario, pues la intención es provocar un prolongado lamento.

Después de esta digresión musical regresamos a nuestra aldea, en la que reina gran actividad. Se barren las calles y se mejoran las partes desniveladas, se presencian ejercicios ecuestres y pedestres; el maestro de escuela da rienda suelta a su desesperación por que no logra que un par de rapaces apren-

dan el diálogo rimado que intenta inculcarles, y el párroco suspira a escondidas contra su vicario: ¡ah, si no hubiera Semana Santa! Las mujeres visiblemente excitadas acuden presurosas a la casa de Doña Filomena, la máxima autoridad en cosas de buen gusto, quien debe dar consejo sobre el traje de los angelitos. Se compone el peinado de la Mater Dolorosa y el Jesús Nazareno es cepillado y barnizado. En resumen, allí no hay nadie que no tenga su parte de preocupación y trabajo, porque precisamente toda la aldea ayuda a representar la historia de la Pasión. Por la noche se escuchan sermones de cuaresma, se rezan rosarios y el Via Crucis, se realizan ejercicios espirituales y también algunas procesiones nocturnas; pero todo sólo como preludeo a las celebraciones principales que se inician con el jueves Santo. Muy temprano de mañana comienza el servicio religioso, pues el número de quienes comulgan es muy grande.

Las autoridades del lugar realizan el lavatorio de pies y de ordinario se escoge para tal fin a personas ciegas. A continuación, se celebra la última misa solemne y en señal de que Cristo ha sido tomado prisionero la llave del tabernáculo que guarda el sagrario, es colgada por el sacerdote del cuello del

alcalde. Hacia el medio día concluye la ceremonia religiosa, las campanas deben callar, el órgano no puede resonar ya. Por la tarde, se transforma el interior de la iglesia, los altares se cubren de colgaduras negras. A ambos lados del altar mayor se erigen los llamados monumentos, altas pirámides de cipreses o ramas de pino estrechamente entrelazadas y adornadas con flores y frutas, en particular naranjas. A esta decoración se añade todo cuanto puede aportar la aldea en objetos de plata, porcelana y cristal: fuentes, jofainas, botellas y candelabros. El conjunto se equipa con muchos centenares de candelas y lámparas y constituye el orgullo de la aldea y el objeto de admiración para los extraños.

Mientras se llevan a cabo estos preparativos en la iglesia principal, en una capilla apartada se adorna el Monte de los Olivos. Se planta una cantidad de árboles y ramas verdes, para representar un jardín, en cuyo centro se encuentra un nicho formado por una ramiza más tupida, adornado con festones y guirnaldas de flores. Si la aldea tiene filiales de población india, estas erigen en derredor nichos más pequeños y los decoran de la manera más variada, de acuerdo con su fantasía. Al ponerse el sol, el pueblo lleva al huerto de los olivos, al nicho grande,

en una larga procesión la imagen de tamaño natural del Nazareno, cubierta de una túnica de seda o terciopelo color violeta y largo adorno de rizos. Pero los indios de las filiales, quienes también quieren participar, traen de sus aldeas sus Cristos y los exponen en los nichos pequeños.

Densas nubes de incienso se elevan al cielo. Es una ofrenda grata para los indios, pues sus antepasados acostumbraban hacerla en torno a sus templos piramidales en honor de sus deidades y, mantenían el fuego encendido día y noche. Los apóstoles también están presentes ya sea en estatuas o representados por diletantes disfrazados, escogidos entre los habitantes de la aldea.

Al hacerse la noche se reúne en torno al Monte de los Olivos una nutrida muchedumbre. Se ruega a todos guardar silencio y el sacerdote asciende a un púlpito adornado con guirnaldas de flores y ramas, levantado junto al portal de la capilla. La luz difusa de los faroles de colores ilumina mágicamente el Huerto de los Olivos, los apóstoles están acostados y duermen. Allí yacen el orador- y duermen, olvidados de su Señor, cuya alma se debate entre mil angustias, y ya se acerca judas, el negro criminal, escoria de la humanidad y aborto del infierno. Velad



y orad, cristianos, se acerca la hora de la tentación. Ved, allí viene el monstruo", etc. Chacoloteo de armas ... Llenan los esbirros con lanzas y picas, precedidos por judas, cubierto el rostro por una máscara horripilante, y un farol en la mano. Se acerca. a Cristo y le da el beso de la traición. El predicador alza la voz para advertir el peligro, pero de nada sirve. La infame canalla cae sobre el cordero inocente y le atan las manos a la espalda. Los apóstoles asustados se dispersan, sólo Pedro avanza y desenvaina la espada de madera con gran contento del pueblo y de un golpe separa. de la cabeza de Malco una inmensa oreja de cartón. Los esbirros alzan al Salvador maniatado y hacen un cerco a su alrededor. Los apóstoles los siguen y en pos de ellos todo el pueblo desfila en interminable procesión por parejas y portando cirios encendidos. El cortejo se mueve lentamente por las calles hasta llegar a la iglesia parroquial, donde el prisionero es encerrado en un calabozo, es decir, en una capillita lateral del templo, decorada con rejas de hierro forjado.

Muy entrada la noche la muchedumbre se retira del mercado, después de haber puesto en evidencia en increíble mezcla la devoción y la frivolidad. Pocos días en el año ofrecen semejantes ocasiones pa-

ra las citas amorosas. La noche y la aglomeración frustran la vigilancia más severa de las madres y engañan las miradas celosas de los maridos. La devoción y la profanación van tomadas de la mano y el juego y la bebida se practican junto a la exposición del Santísimo.

En la mañana del Viernes Santo, la matraca llama a los fieles para la devoción matutina. Cánticos y Via Crucis llenan las horas hasta el mediodía en que Cristo prisionero es llevado en gran procesión a la casa de Pilatos, una capilla que ostenta ese nombre. Una fantástica multitud de jinetes y peatones forma la escolta. Guerreros con cascos y petos relucientes, -precedidos por el centurión cuya cabalgadura, un animal bien adiestrado, luce brillantes arreos, cascos dorados, cintas y lentejuelas. Tampoco faltan figuras de pie que representan a los fariseos y levitas con sus espantosas máscaras de narices largas y amplias túnicas. La imagen de Cristo es llevada al interior de la capilla, pero ante el portal, la prédica del religioso explica la continuación de la historia. hasta la sentencia de Pilatos y el "Ecce homo".

Como coronación de toda la celebración, después de mediodía comienza la procesión de la crucifixión. Inicia la marcha la música monótona de

tambores, zampoñas y chirimías. Sigue por parejas la caravana de los penitentes y ascetas, formada en parte por pecadores contritos y en parte por jornaleros a sueldo, contratados por los organizadores de la fiesta para asegurar un desfile fastuoso. Son grupos atroces y horripilantes, apropiados para desfigurar toda la poesía de la contemplación religiosa con las imágenes fantasmagóricas del monaquismo ascético. Los penitentes ambulan enfundados en sudarios, con la cabeza cubierta por negros crespones y las manos y los pies atados con cadenas. A estos siguen otros en Saribenito, la vestidura ominosa de la Inquisición, las manos atadas a la espalda y una cuerda en torno al cuello. Un bonete cónico de un metro de largo provisto de dos aberturas redondas para permitir la visión les cubre la cabeza y la cara. Algunos arrastran pesadas cruces, otros están atados a la cruz y parecen maderas ambulantes. Les vienen a la zaga más penitentes semidesnudos con coronas de púas en la cabeza, plantas espinosas sobre la espalda y una calavera entre las manos; otros que caminan inclinados hacia el suelo llevando en las manos atadas cruces hechas con huesos de difuntos; un pintor interesado en reproducir el cortejo triunfal de un Torquemada, podría hacer excelentes es-

tudios a la vista de estas procesiones y el color que muestran muchos de los muslos y torsos desnudos da la impresión de que ya hubieran sido tostados por el fuego del infierno.

Se une a los penitentes la imagen del Cristo portando la cruz, rodeada de la guardia romana y de los fariseos. La figura del Salvador tiene un mecanismo por el cual mediante la presión de un resorte, puede caer de rodillas. Sigue la procesión de los devotos; en primer lugar los hombres, luego las mujeres portadoras de una imagen de la Virgen, a cuyo lado marchan niños, vestidos de angelitos, algunos con blancas alas de plumas y otros con alas de papel armado, que se balancean al andar de una manera poco etérea. Las mujeres también llevan la imagen de Juan, el discípulo favorito, acompañado de ángeles. Otro contingente de hombres cierra el cortejo.

En la gran plaza ubicada frente a la iglesia parroquial, sobre uno de los lados de una casa, se ha levantado un púlpito al cual asciende el mejor predicador de la Iglesia, tan pronto se acerca la procesión. Continúa narrando la historia de la pasión, describe con los colores más hirientes la traición de los fariseos, la maldad de los judíos que han superado todas las medidas de la crueldad por la condena-

ción del Dios inocente. Ved, allí se acerca el centurión y alcanza un papel clavado en la punta de su lanza al predicador. Este lo toma, lo despliega y lee. Es la sentencia de muerte de Jesús. Animado de santo fervor lo rompe y dispersa al viento los fragmentos. Todas las palancas del alma son puestas en movimiento: "Por nosotros, indignos, debió soportar esto, por nosotros cargó con la cruz. Ved, ved, allí lo traen arrastrado. Ved, sus fuerzas están agotadas, ha caído bajo la carga, nuestros pecados lo hacen caer-. De hecho, la imagen cae de hinojos. Las mujeres se llevan los pañuelos a los ojos y dejan oír sus sollozos. Los hombres, a su vez, dan muestra de su contrición golpeándose el rostro y los indios se dan violentas bofetadas. El sonoro chasquido sofoca la voz del predicador. Simón el Cireneo acude en ayuda del caído, pero la genuflexión se repite tres veces y le brinda al orador la brillante oportunidad de elevar y sofocar mediante su talento las fluctuaciones del sentimiento. Cuando pasa la imagen de la Virgen María, describe su dolor de madre por los padecimientos del hijo y abre las fuentes de la tristeza en torrentes de lágrimas. También hace hablar a Juan, el fiel discípulo, hasta que todo el cortejo desaparece en el interior del templo.

Las impresiones sobre el ánimo de los meridionales son intensas pero fugaces. Si durante el sermón pudimos ver las muestras de dolor y contrición, pudimos escuchar suspiros y lamentos, todo se lo lleva el viento con las últimas palabras del sacerdote. A medida que los grupos salen de la iglesia se van aglomerando en torno a los vendedores de mamey, una fruta de gran tamaño que madura en tiempos de Pascua. Su corteza es grisácea y su pulpa roja o amarilla. Por su sabor dulce y aromático es la fruta predilecta de los mexicanos. Sin embargo, no es el apetito o la gula lo que los mueve, sino el juego, una competencia entre dos individuos y gana aquel, cuya fruta tiene mayor cantidad de pulpa. Las risas y la algazara, las riñas y los arbitrajes han reemplazado al llanto y a la penitencia. Por cierto, durante el sermón mismo vi pequeños grupos de cuclillas en el suelo, entregados a su juego favorito, sin perjuicio de la devoción que trataban de satisfacer cuando hacía falta mediante bofetadas.

Si la alegría de la vida no fuera aparejada con sus sinsabores, el excitable meridional sería dominado por las sombrías impresiones de la época de la Pasión. Ríe a semejanza de un niño y al cabo de un minuto está llorando. Por la noche, reconfortado y

con alegre disposición, vuelve al templo, contempla gozoso el monumento magníficamente iluminado, escucha el "Stabat mater" y espera al sacerdote que sube al púlpito. El predicador lee el texto de otro acto del drama de la Pasión, la explicación de una imagen viva. Se abre una cortina y aparece a la vista de los fieles, mágicamente iluminado el crucifijo y a ambos lados el malo y el buen ladrón. Ya han expirado. La dolorosa, transida de pena, y Juan están al pie del madero profundamente agobiados. La allocución del sacerdote acompaña paso a paso el descenso de la cruz. Son señaladas las cruentas heridas y al mismo tiempo inferidas otras muchas al corazón de los oyentes que renuevan el arrepentimiento y lo confirman con abundantes golpes sobre el pecho y las mejillas. Los santos despojos son colocados en el sarcófago, cubiertos por una tapa de cristal y llevados a: sepulcro en una solemne procesión, con acompañamiento de música fúnebre. Allí, en la capilla, a la tenue luz de lámparas de colores, muchos fieles van a rendir su sincera devoción, otros gozan con pueril contento el espectáculo de los resplandores violeta.

Como remate de tan extenuante jornada, se realiza a las once de la noche la procesión de las muje-

res, llamada de la soledad, El sexo débil va a testimoniar a la acongojada Virgen María sus condolencias y su pena. Realmente, la larga hilera de cirios encendidos que va deslizándose lentamente en medio de la noche oscura, ofrece una bella vista. Ningún rumor quiebra el silencio del mundo, con excepción de los esporádicos lamentos de la chirimía. Sin embargo, la santa paz no palpita en todos los pechos. En algunos, el fuego terrenal es más fuerte que la tenue luz celestial y una que otra penitente se escapa de las fijas, tomada de la mano de su tenaz enamorado.

Mucho después de pasada la medianoche el pueblo descansa de las impresiones del día y al salir de nuevo el sol, se disipan las nieblas de gravedad y el duelo. Ha amanecido el Sábado de Gloria, es el fin del ayuno, el preludio de la resurrección. El buen humor de los mexicanos puede volver a manifestarse libremente y lo hace esa misma mañana para permitir una ruidosa expansión al diablillo contenido. judas, el más grande de los canallas, debe ser castigado, debe ser ahorcado, debe reventar, desaparecer entre el fuego y el humo. Se confeccionan pues los judas, horribles muñecos, rellenos de petardos, cohetes y buscapiés voladores y se los sus-



pende en largas cuerdas que atraviesan las calles de vereda a vereda. Algunos meten también en su interior gatos, ranas y lagartos. Todos aguardan expectantes el toque de las diez. A esa hora empieza la algarabía. Las campanas repican a gloria, se encienden las mechas de todos los judas y todo se convierte en un pandemonio de cohetes, petardos y gritos jubilosos, de modo que es imposible oír la propia voz. Para gran contento de los niños grandes y pequeños revientan los muñecos. Los gatos aterrados escapan aullando y los despojos de los traidores son amontonados en una pira que las llamas consumen mientras el pueblo canta y hace bulla.

Es el final del ayuno y la abstinencia. El domingo de Pascua comienza la vieja vida de baile y juego. Debo hacer notar que en México, los ayunos no se observan con la severidad usual en Europa. A lo sumo, la población se abstiene de comer carne los viernes y por cierto rige un permiso especial del Papa para el interior del territorio donde hay absoluta carencia de pescado. Aun en Semana Santa está permitido comer carne algunos días. Ahora bien, los mexicanos no son nada escrupulosos y no vacilan en saborear un buen trozo de carne aun cuando el calendario ostente la V de vigilia.